

CONFER. Madrid
Ciudadanía, política y vida religiosa
 22, 23 y 24 de febrero de 2008

DIMENSIÓN SOCIAL Y POLÍTICA DE LA VIDA RELIGIOSA

Felícísimo Martínez, O.P.

Se me ha pedido una reflexión sobre la “refundación” y la dimensión política o teniendo en cuenta la dimensión política de la vida religiosa. Soy consciente de que la palabra “re-fundación” ha caído en desgracia en varios ambientes eclesiales e incluso en algunos sectores de la vida religiosa. No vale la pena prolongar indefinidamente el debate sobre palabras. Tal como la entienden otros sectores de la misma vida religiosa, la “refundación” apunta al centro de lo que necesita hoy la vida religiosa.

No se trata de inventar una nueva vida religiosa y menos aún de hacer algunos arreglos disciplinares; se trata de fundar o fundamentar la vida religiosa en los únicos y permanentes pilares teologales de la misma: la experiencia de fe, la práctica comunitaria, la misión o el servicio al Reino y su Justicia en medio de la historia humana. Desde estos fundamentos teologales, desde esta dimensión mística hay que entender y emprender la dimensión social y política de la vida religiosa, su significación profética en la sociedad.

Sobre esta dimensión deseo hacer algunas afirmaciones fundamentales.

1. La neutralidad política de la vida religiosa es imposible.-

Esta afirmación es obvia y elemental, pero con frecuencia se olvida. Por eso, es necesario recordarla.

El simple hecho de pretender ser apolíticos o neutrales es una inconsciencia, una ingenuidad, una irresponsabilidad..., a pesar de las buenas intenciones y de los razonamientos espirituales que se puedan aducir. Lo que suele suceder es que cuando la vida religiosa pretende ser apolítica, neutral, o mantenerse al margen de la gestión de los asuntos públicos, se sitúa automáticamente de parte del orden establecido, del orden más conservador. Es una opción inconsciente y a veces irresponsable por el orden establecido contra el cambio necesario. (Sería interesante analizar qué medios de comunicación frecuente, qué prensa lee ese sector de la vida religiosa que pretende mantenerse lejos de la política).

2. La mejor versión del ideal de la *fuga mundi* siempre ha sido una toma de postura frente a los asuntos del mundo y de la humanidad.

El conocido ideal de la *fuga mundi*, en su mejor versión, no ha sido en absoluto un desentenderse del mundo, ignorar los problemas de la humanidad, pretender ser

apolíticos o neutrales en los asuntos sociales y políticos. Esta versión espiritualista, alienante y evasiva es la peor versión de la *fuga mundi*. La mejor versión de la *fuga mundi* ha sido siempre una toma de postura a favor de los valores evangélicos presentes en la historia humana y contra los anti-valores al uso, una protesta contra situaciones sociales y políticas evangélicamente insostenibles, una propuesta de forma de vida alternativas.

Eremitas y monjes se fueron al desierto en son de protesta contra un mundo y una Iglesia alejados de los valores evangélicos, pero fundaron comunidades de vida con un nuevo modelo de relaciones personales e institucionales, inventaron técnicas agrícolas, descubrieron no sé cuántos licores, construyeron traídas de aguas... Los mendicantes del siglo XIII se fueron a los barrios de la burguesía naciente, protestaron contra el mundo feudal, construyeron comunidades basadas en relaciones de igualdad y fraternidad, se incorporaron a las Universidades nacentes, se dedicaron a la redención de cautivos y un poco más tarde, en tiempo de la conquista, hicieron una opción clara por los indígenas... Vale la pena recordar la dimensión política del famoso sermón del dominico Antonio Montesinos en los primeros años del siglo XVI en la Isla llamada Española, o la dimensión política de los escritos de Bartolomé de las Casas. Y las Congregaciones modernas protestaron contra una sociedad injusta y de exclusión y se implicaron en el ámbito de la educación, de la salud, de la asistencia social, de la defensa y atención a toda clase de excluidos... Ésta ha sido la verdadera versión del ideal evangélico de la *fuga mundi*. Ésta ha sido su dimensión política o su dimensión profética.

3. La vida religiosa está llamada a realizar esta dimensión política desde la razón simbólica, no desde la razón instrumental.

La formulación puede resultar demasiado técnica, pero recoge un vocabulario frecuente hoy en los discursos de la teología e incluso de la sociología. Quiere decir que la misión específica de la vida religiosa no es gestionar la ciudad, la polis, la res publica. Esto es asunto de los técnicos y es tarea de la razón instrumental: de los gerentes de la política, de la economía, de la educación, de la salud... Los religiosos/sas no son un equipo de funcionarios especializados para tareas de suplencia en la sociedad, salvo en casos de emergencia, y de estos, por desgracia, hay muchos en muchos países. Ni son un equipo apostólico para acciones de suplencia en la Iglesia, salvo también en casos de excepción.

La misión específica de la vida religiosa es activar la razón simbólica, es decir, recordar oportuna e importunamente aquellos valores sin los cuales no hay justicia, igualdad, promoción humana, respeto de la dignidad de las personas... La vida religiosa está compuesta de ese grupo de gente convencida de la prioridad de unos valores evangélicos que dan sentido, que humanizan, que liberan a la humanidad, sin los cuales no hay progreso sostenible o progreso que humanice. Es lo que J. B. Metz ha llamado la “memoria peligrosa”.

Y es su misión recordar esos valores con su palabra, con sus presencias, con su forma de vida y de organizar sus relaciones sociales, con sus opciones sociales y políticas, con sus posiciones respecto a la mujer, a los indígenas, a los emigrantes, a las minorías excluidas, con la forma de gestionar sus bienes, su patrimonio... Esa es su verdadera dimensión política. Y en cualquier decisión política están en juego esos valores, se trate de la concepción de la familia, del pago de impuestos, de las leyes referentes a la inmigración, de la política de salud...

4. La vida religiosa es un grupo liminal.

En cuanto grupo liminal, la vida religiosa está llamada a ejercitar la razón simbólica y a desempeñar y activar la dimensión política y profética, no desde posiciones de poder, sino desde los márgenes, desde la opción por los excluidos del sistema. La vida religiosa debe asumir la condición de los grupos liminales. Por lo general, estos tienen algunas características peculiares: son minoritarios; son contraculturales; recuerdan a quienes gestionan los asuntos públicos valores sustanciales e irrenunciables sin los cuales esa gestión no puede ser justa ni humanizadora (la justicia, la solidaridad, la prioridad de los excluidos, la dignidad de todo sujeto, la libertad...); ejercen su misión profética desde la opción y la perspectiva de los pobres, de los excluidos, de las víctimas.

Éste debe ser un criterio fundamental para discernir, no sólo si la vida religiosa tiene una dimensión política o no, sino quiénes son de veras los favorecidos de sus opciones políticas. El asunto no es ser de derechas o de izquierdas, de un partido o de otro; el asunto es discernir, Evangelio en mano, qué valores representa la vida religiosa y qué causas o las causas de quiénes defiende en la práctica. En este sentido podíamos decir que la vida religiosa no debería estar nunca sometida a la “disciplina de un partido o de una ideología”. Debería mantenerse en absoluta libertad.

5. La dimensión mística de la vida religiosa es la fuente de la dimensión profética y política de la misma.-

Esta afirmación es fundamental, para comprender la naturaleza específica de la vida religiosa. Es precisamente su dimensión mística o teologal la que proporciona a la vida religiosa las verdaderas motivaciones del compromiso político, e inspira en ella la fe en los valores humanos y evangélicos a los cuales no puede renunciar. Es la dimensión mística o teologal la fuente de los recursos que permiten a la vida religiosa mantenerse firme en el compromiso por los valores evangélicos, en la defensa de las personas que son víctimas de los valores anti-evangélicos.

Hoy en día el problema para muchos religiosos y religiosas no es que no quieran comprometerse con la justicia y los derechos humanos. El problema quizá sea que no saben o no pueden, que no cuentan con recursos teologales suficientes para vencer miedos, falsas prudencias, inhibiciones. Quizá falta “*virtus*”, la *virtus* del creyente y el convencido, del profeta, del testigo, del mártir, de quien es capaz de mantenerse firme y fiel en los caminos del Evangelio, aunque sean contraculturales.

6. Los aportes más significativos de la vida religiosa hoy se sitúan en el ámbito del sentido, de la comunidad y de la defensa de los excluidos.

Esta sexta afirmación tiene un hondo calado social y político. Se refiere a los aportes más significativos que la vida religiosa puede hacer para la construcción de una sociedad más humana, más justa, más igualitaria. Se trata de tres aportes, que responden exactamente a las tres grandes demandas de la sociedad actual, sobre todo de la sociedad del bienestar: demanda de sentido, demanda de comunidad, demanda de justicia.

a) El aporte del sentido.-

Algo debe estar fallando en una sociedad tan desarrollada, tan tecnificada, tan progresista, tan del bienestar... porque cada vez hay más personas que no encuentran sentido a sus vidas. Se ven cada vez más faltos de fines, de valores substanciales, de sentido... El psiquiatra vienés V. Frankl insistió hasta la saciedad, con su logoterapia, en que el problema o el drama fundamental del ser humano es el problema del sentido.

Quizá la gestión política se ha vuelto demasiado técnica e instrumental y ha olvidado la mística y la ética. No sería pequeña la contribución de la vida religiosa a la construcción de una sociedad más humana y más justa, si consiguiera inyectar sentido en las personas. Para esto se requiere una vida religiosa de mucha hondura mística, con un fuerte sentido de lo Absoluto y Trascendente, con un especial instinto para abrir cualquier compromiso temporal al horizonte de la trascendencia.

b) El aporte de la experiencia y la práctica comunitaria.-

Algo debe estar fallando en esta sociedad de las comunicaciones, porque cada vez hay más personas que acusan una falta de comunidad, una experiencia dramática de soledad deshabitada, de incomunicación. Aquí pasa como en economía: la macroeconomía cada vez está mejor, y a las personas que viven de la microeconomía cada vez les cuesta más llegar a fin de mes. Los medios de comunicación cada vez son más poderosos, y las personas cada vez están más solas. La demanda de experiencias y ambientes comunitarios es cada vez mayor por parte de muchas personas. Éstas tienen la impresión de que solas “ya no pueden más”.

No sería pequeña la contribución de la vida religiosa a la construcción de una sociedad más humana y más justa, si ofreciera esa experiencia y esos ambientes comunitarios que los solitarios y solitarias demandan hoy. Para eso se requiere una vida religiosa con calidad de vida comunitaria, que recupere la virtud monástica de la hospitalidad, que tenga las puertas más abiertas a las personas que buscan comunidad.

c) El aporte de una opción decidida por los pobres, las víctimas y los excluidos.-

Las columnas de la Iglesia le dieron a Pablo y a Bernabé un único consejo: “que no se olvidaran de los pobres”. Quizá éste es el supremo criterio para discernir si la vida religiosa cumple verdaderamente su misión profética o no, si la cumple evangélicamente o no, si es política desde la mística evangélica o es política desde otros presupuestos e intereses.

En un mundo en el que las víctimas se han convertido en signo de contradicción (y de manipulación), no sería pequeño aporte el de la vida religiosa para la construcción de una sociedad justa, si se mantuviera firme en esa opción decidida por los pobres, las víctimas, los excluidos. La vida religiosa se convertiría en una “memoria peligrosa” para cualquier gestión de la “res publica”.

Esa opción debe ser muy lúcida, hecha desde un serio análisis de las realidades políticas, sociales, económicas, culturales... Y debe ser también una opción muy encarnada, que trascienda el mundo del sentimiento, de la oración por las víctimas, del discurso sobre las víctimas: debe responder honesta y evangélicamente a preguntas como las siguientes: ¿Qué preocupaciones y problemas del mundo nos interesan, nos afectan y nos ocupan? ¿Con qué grupos o sectores de personas nos sentimos en comunión de intereses y de objetivos? ¿Cuáles son nuestras solidaridades y lealtades? ¿A quiénes sirven nuestras obras apostólicas y nuestras instituciones y recursos humanos y materiales? ¿Qué valores y criterios inspiran la ubicación de nuestras comunidades, la planificación de nuestros ministerios, la apertura y cierre de los mismos? ¿Cómo resolvemos los conflictos entre intereses institucionales (intra-congregacionales o intra-eclesiales) e intereses populares o apostólicos? ¿Cuáles son los valores y objetivos que inspiran nuestros programas educativos, catequéticos y evangelizadores? ¿Qué nivel de aceptación y prioridad tienen en nuestras congregaciones los desafíos actuales de la inserción en medios populares, la opción por los pobres, el compromiso con la justicia y los derechos humanos? ¿En qué sistemas políticos y económicos nos sentimos más a gusto? ¿Cuál es nuestro nivel de interés por la política, la economía, las ciencias sociales?

7. Los votos religiosos deben armonizar su dimensión mística y política.-

Me permito transcribir, casi literalmente, algunas tesis de J. Bautista Metz sobre la dimensión mística y política de los votos religiosos. Los votos no lo son todo en la vida religiosa. Pero son rasgos muy destacados y característicos de este género de vida. Mucho hay que decir aún sobre la teología y la praxis de los votos. Pero las afirmaciones de J. B. Metz me parecen muy acertadas y poco discutibles. Presentan los consejos evangélicos en su doble dimensión místico-política.

a) La pobreza.-

“La pobreza como virtud evangélica es la protesta contra la dictadura del tener y el poseer o de la pura autoafirmación. Impele a la solidaridad práctica con aquellos

pobres para quienes la pobreza no es en absoluto una virtud, sino una situación vital y una imposición social”.

b) La castidad.-

“La castidad como virtud evangélica es expresión de un radical sentirse aprehendido y de un inextinguible anhelo por el “día del Señor”. Empuja a la ayuda solidaria a aquellos para quienes ser célibes significa soledad, significa “no tener a nadie”, para quienes el celibato no es ninguna virtud, sino destino de la vida; la castidad como virtud evangélica empuja a ponerse de lado de quienes están cercados por la ausencia de esperanza y por la resignación”.

c) La obediencia.

“La obediencia como virtud evangélica es la entrega radical y sin cálculos de la vida a Dios Padre, que levante y libera. Lleva a la cercanía práctica con aquellos para quienes la obediencia no es en absoluto una virtud, sino señal de sometimiento, de minoría de edad y de humillación”. Lleva a un compromiso decidido por la libertad.

Y el mismo autor añade una reflexión importante: “El mensaje de Jesús es político ya por el simple hecho de que proclama la dignidad de la persona, el ser subjetivo de todos los hombres ante Dios. En consecuencia, los testigos de este evangelio deben ponerse de parte de esta subjetividad, dondequiera que esté amenazada: no sólo deben pronunciarse a favor de que los hombres sigan siendo sujetos frente a las crecientes presiones colectivas, sino también a favor de que las personas sometidas a la miseria y a la opresión puedan llegar a ser sujetos”.

Conclusión.-

La dimensión política y profética de la vida religiosa se expresa hoy a través de compromisos que son a la vez esencialmente evangélicos: el compromiso con la justicia y la paz, con los derechos humanos, con la ecología. Y se expresa también en el compromiso decidido a favor de los sectores, mayoritarios o minoritarios, de la sociedad que son objeto de cualquier clase de marginación o exclusión: pueblos del Sur, mujeres, inmigrantes, minorías étnicas, etc... Sorprende constatar qué cerca está el Evangelio de Jesús de algunos valores e ideales prioritarios en el mundo actual.

Madrid, 20-1-2008

Felicísimo Martínez, O.P.